

XIV

El final del drama.

Se había convenido con la señorita de la Rigaudie, convertida en señora de Chambaraud, abandonaría París en seguida y no volvería a ver más á aquel cuyo nombre no había aceptado, sino solicitado. La nueva herida de Solignac la retuvo sin embargo, un mes más en París. Despues, habiendo dejado al coronel ya curado, según había afirmado Dupuytren, volvió á tomar el camino de Solignac, llevándose á Teresa loca y al pequeño Jack, muy viejo y casi ciego.

Chambaraud permaneció en París, viviendo en su hotel de la calle de Postas, muy satisfecho porque tenía un objeto en el mundo: amar á su hijo y pensar en él.

—Las mujeres tienen algo de bueno, Plantade —decía algunas veces.— ¡Y es que se transforman en cuanto son madres!

—Eso dicen, ciudadano; pero yo no lo sé, y ya soy demasiado viejo para aprenderlo.

Silvan Chambaraud hacia que Juan Riviere fuera á menudo á comer con él.

Los dos ancianos hablaban poco y pensaban mucho. El pobre Riviere parecía un centenario.

—¡Y aquí estoy sobreviviendo á todo lo que he amado! ¡Hija, mujer é hijo, todo me lo han quitado, sin contar el pobre almacén tantas veces bautizado!... ¡Para qué sirvo yo? Más me valía haberlos precedido á todos!

Y contaba á Chambaraud lo adorable de aquel que quien seguía llamando el *comandante* cuando dormía, de pequeño en su cuna, con los puños cerrados y el aire serio y pensativo.

—¡Y me lo han matado! ¡Me han asesinado á mi Cláudio!

Silvan movía la cabeza y respondía:

—Vos á lo ménos le habeis visto nacer; pero yo no tengo esos recuerdos.

—Es cierto que os privaron de vuestro hijo niño; pero os queda el hombre. ¡A mí no me queda nada!

Despues de los postres, Silvan Chambaraud hacía que Plantade acompañara, dándole el brazo, al pobre viejo, que movía la cabeza y tropezaba en todos los guijarros.

Cada vez que, dejando tras sí la calle de Postas, el antiguo mercader de paños veía las altas y grises paredes del Panteón:

—Mirad—decía,— si la suerte hubiese sido justa, allí, entre los grandes hombres, debía reposar mi Cláudio... ¡Cuántas personas mueren, Plantade, superiores á las que el vulgo inciensa!... Sobre esto tengo mis ideas, aunque valgo poco y soy muy tonto...

Luego añadía:

—Mi Cláudio era uno de estos, Plantade. Debía haber llegado al pináculo, pero la política le perdió.

Y esta glorificación póstuma de su hijo consolaba un poco al pobre anciano.

En el Limosin, la señorita de la Rigaudie (en el país seguían llamándola así, aunque ella se apresuraba á interrumpir, diciendo: llamadme *señora*, soy la señora Chambaraud) había recobrado su método de vida acostumbrado. A su lado Teresa, pacífica, pero sin recobrar el juicio, soñaba, y á veces sonreía á aquel muerto que ella creía vivo. El pequeño Jack, débil y delicado, tosiendo siempre y con anchas nubes blancas en sus pobres ojos, se refugiaba á tientas junto á la señorita de la Rigaudie unas veces, y otras junto á Teresa.

De cuando en cuando, Sylvan Chambaraud y el marqués de Navailles recibían del Limosin frutas, conservas y productos del país. Era la señorita de la Rigaudie, que no olvidaba ni á su marido ni al abuelo de su nuera.

Solignac y Luisa partieron para el Limosin en cuanto el coronel estuvo curado. A pesar de lo crudo de la estación, Enrique había querido volver á ver aquel rincón de tierra en que había nacido.

Dupuytren también aconsejó, como medio eficaz de buena convalecencia, el *aire del país*. Y Enrique se marchó después de haber abrazado á su padre.

Luisa y su marido, sin contar á Castoret y

Catalina, habían llegado á Solignac durante el invierno, cuando los grandes castaños, desprovistos de follaje, duermen inmóviles.

—¿No os da miedo, mi varonil y hermoso Limosin?—preguntó Solignac á Luisa.

—Al contrario, me gusta—contestó la joven.

Por lo demás, parecía que el invierno mismo desplegaba su poesía para festejar su llegada.

Aquel crudo tiempo tenía caricias primaverales. Por la mañana era una alegría. Aquel campo limosino oculto por la nieve parecía dormir con un sueño tranquilo, pero no de muerte. En el cielo azul verdoso se estendían las nubes de tinte indeciso, blancas como plumas de cisne ó sonrosadas como los reflejos del sol.

Luisa se consideraba muy feliz. ¡Todo aquello era tan diferente de los salones de París, en donde rimaba Florival de Saint-Clair!

Lo que encantaba y llenaba su sér de una sensación particular de sana alegría era aquella atmósfera ligera, aquel aire vivo que entraba en los pulmones como un bálsamo, aquella luz que dejaba ver horizontes inmensos como la claridad del cielo del Mediodía. Los árboles salpicados de nieve elevaban coquetamente sus ramas hácia el cielo y brillaban á los rayos del sol como cristalizaciones.

—Este es mi país—dijo Solignac—y hasta la primavera viviremos aquí felices, solos y olvidados, saboreando nuestra dicha lejos del mundo.

El invierno es la estación de los que se aman; y Solignac y Luisa se amaban.

Algunos meses despues, los dos esposos hallaron un marco digno de sus amores y el buen humor de Solignac se escapaba como un ramillete de fuegos artificiales, en la terraza del castillo de la Rigaudié, mientras que enseñando á Luisa la florida campiña, exclamaba alegremente:

—¡Mirad, Luisa, mi querida Luisa! Abril se despierta, el sol ríe, todo se ilumina. La sávia corre, el corazón late y la alegría despliega sus alas. Bajo un cielo suave, los árboles florecen y véanse flores por todas partes, ramas sonrosadas, racimos amarillos y azules, y el verde de las hojas es tierno como una caricia de los ojos. ¡Qué hermosa es la vida! Yo te saludo, primavera. Todas las juventudes, todas las esperanzas, un rumor argentino de risas y besos, un viento perfumado y una brisa de felicidad, todo esto contiene una sola palabra fresca y seductora: ¡Abril! ¡Y todo esto para nosotros dos, Luisa!

Detrás de ellos, la señorita de la Rigaudié escuchaba conmovida, y meneando la cabeza, se decía:

—¡Para ellos dos! ¡Ah! ¡mis queridos egoístas! ¡Y yo? ¡Bah! ¡Qué importa? ¡El papel de los hijos es ser ingratos, y su deber ser felices! ¡Dejémosles que digan lo que quieran!

En cuanto á Marcial Castoret, se le oía repetir á menudo á Catalina Magnac, su esposa ya:

—Catissú, amiga mía, las predicciones son predicciones, y no hay que reirse de ellas. ¡Pero ya vamos viento en popa! ¡El peligro pasó,

la mujer morena ha muerto y la bala se la llevó el diablo! Yo no moriré, Catalina, ni el coronel tampoco. ¡Ah! ¡*Dion de Di!* Los austriacos, los prusianos, los rusos, los ingleses, los italianos y las italianas, *ainda mais*, pueden hacer ya lo que quieran. Nos burlaremos de todos ellos, Catissú, nena mía. La mala suerte desapareció; y puesto que debo morir el mismo día que el coronel, tengo tiempo de prepararme..... ¡El y yo viviremos cien años!

FIN DE LA NOVELA.

H. de 5 de 1879

